

Plaza pública

Para la edición del 22 de Abril 1996

## Mea culpa

Miguel Ángel Granados Chapa

No por salud mental, ni por lo contrario, me alegra confesar que hace una semana me equivoqué. Hace una semana, al abordar una doble agresión al periodista Alvaro Cepeda dije que, aun más grave que un asalto con violencia sufrido por el abogado sonorense, era la intromisión de un miembro del gabinete en el trabajo periodístico, como manifestación de las pretensiones del poder, siempre presentes, por controlar la expresión pública en nuestro país.

Y resultó que no era verdad. Dije hace una semana en este mismo lugar que el secretario de Gobernación Emilio Chuayfett había invitado a Cepeda a conversar con él, a propósito de un texto del periodista que estaba aún en proceso de edición. Asomarse, por cualquier medio, a las interioridades de una publicación, expués entonces, me parecía un acto inadmisibile. No es una forma de censura, pues no se impide la impresión del mensaje, pero sí una injerencia en la porción privada de un medio informativo público. Hacer alarde, además, de que se está en situación de saber lo que se publicará, es una forma de intimidación.

Pero no fue así. Yo había partido, para la formulación de mi reproche a esa conducta gubernamental, de un texto firmado por Carlos Ramírez,



director de *La Crisis*, la publicación donde el domingo 30 de marzo apareció el texto de Cepeda respecto del cual, el jueves anterior, Chuayfett lo había invitado a platicar. Pero ocurre que otra versión del artículo correspondiente estaba ya publicada, en diarios de los estados en que aparece la colaboración de Cepeda.

El propio secretario de Gobernación hizo esta aclaración conmigo. Más todavía, precisó que si bien conocía ya el artículo publicado de Cepeda, su intención al convidarlo a tomar un café con él era hablar más ampliamente con el periodista de la situación nacional. Partió para hacerlo, dijo, de su conocimiento de que Cepeda había sido alumno de don Jesús Reyes Heróles, por cuyo pensamiento Chuayfett tiene adicción. Eso establecía, a su juicio, una zona común sobre la cual conversar. El secretario cometió el error, reconocido por sí mismo, de bromear en un tono que es familiar para sus amigos y reconocible como humoroso para quienes lo han tratado. Pero utilizado en una primera conversación, y por la vía telefónica, produjo un resultado indeseable, consistente en que Cepeda creyó ir a una cita que el secretario auguró incómoda y ríspida, para lo cual le sugirió llegara provisto con sus mejores armas ideológicas.

El ex gobernador del estado de México pone en escena, en efecto, lo que Ricardo Garibay ha llamado "la comedia del odio", un juego en que la cordialidad y el afecto se manifiestan por su contrario, fingiendo una animosidad que se está lejos de sostener. Yo la he presenciado practicada por Chuayfett con sus amigos



cercanos, y aun la he visto desarrollarse por escrito mediante recados que van y vienen en reuniones formales, que acaso de ese modo generan menores efectos solemnizantes.

Por desgracia para Cepeda (y en cierto sentido también para su interlocutor) a su llegada a Gobernación se produjo el asalto a que me referí hace una semana, ése sí incómodo de verdad y no desmentible en modo alguno. Y eso le dio un tono muy lejano del esperado a una conversación entre un periodista y un funcionario, de las que normalmente deben producirse en vista de las tareas públicas de ambos.

El propio Alvaro Cepeda se refirió al tema en *La Crisis* fechada el 13 de abril y que circula en la semana siguiente. Dice, por una parte, que al comentar la llamada de Chuayfett, "con varios amigos, éstos me dijeron que no significaba nada lo de plática incómoda, y que, en todo caso, al funcionario le gusta mucho hacer ironías".

Y más adelante aclara que su aproximación al tema de la lista negra de periodistas, motivo por el cual Chuayfett lo invitó a tomar café, ya lo había abordado en su columna "Conjeturas", distribuida al "periodismo de provincia" como dice su autor, a través del mismo mecanismo que envía el "Indicador político" de Ramírez.

Puntualiza en efecto Cepeda:

"Una primera mención del caso la hice en una de mis columnas, que se publican en algunos periódicos del interior del país y otra, más puntillosa, apareció en La Crisis del 30 de marzo". Después, Cepeda se pregunta



por cuál de las dos se enteró Chuayfett "de que yo decía --y lo sigo sosteniendo-- que esa presunta lista negra era y es un producto macartista".

Vista la posibilidad real, porque hubo una primera publicación, de que en ella leyera Chuayfett lo que lo indujo a conversar con Cepeda, y ante la negativa del secretario de Gobernación de entrometerse en los materiales de *La Crisis*, reconozco abiertamente que no hubo la intromisión intimidante a que me referí hace una semana.

Aprovecho, por lo demás, para referirme a la lista negra, comunicada por Raymundo Rivapalacio el 18 de marzo. Se trata de una elenco de 8 columnistas condenados a no ser atendidos por altos funcionarios gubernamentales, por instrucciones de Chuayfett. No tengo por qué desmentir a Rivapalacio, al que cuatro personas le confiaron haber recibido tales instrucciones o saber de ellas. Por lo que a mi toca (puesto que aparezco en la lista) declaro que no he resentido sus presuntos efectos, es decir no he sentido obturación alguna en la comunicación profesional con miembros del gobierno, ni ninguno de ellos ha querido venderme el favor de transmitirme en voz baja tal instrucción seguida del susurrante: "Por supuesto, yo no hago caso y estoy a sus órdenes". Debo confesar, en fin, que me ha chocado ver mi nombre en esa lista, en que además del propio Raymundo y Ramírez, figuran algunos asiduos asistentes a la oficina y las mesas de Francisco Galindo Ochoa, la sigla de cuyo nombre servía a don Manuel Buendía para designar los servicios de aquel despacho de comunicación: "Favores Garantizados a la Orden".



# PLAZA PÚBLICA

## MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

# Mea culpa

Reconozco que no hubo intromisión gubernamental en una sala de redacción, porque el texto de Alvaro Cepeda que comenta la lista negra de periodistas ya había sido publicado en una primera versión en diarios de los estados.



**N**O POR SALUD MENTAL, NI POR LO CONTRARIO, me alegra confesar que hace una semana me equivoqué. Hace una semana, al abordar una doble agresión al periodista Alvaro Cepeda dije que, aún más grave que un asalto con violencia sufrido por el abogado sonorense, era la intromisión de un miembro del gabinete en el trabajo periodístico, como manifestación de las pretensiones del poder, siempre presentes, por controlar la expresión pública en nuestro país.

Y resultó que el hecho que me condujo a esa afirmación, no existió y en consecuencia lo dicho no es verdad. Dije hace una semana en este mismo lugar que el secretario de Gobernación Emilio Chuayffet había invitado a Cepeda a conversar con él, a propósito de un texto del periodista, texto aún no publicado y que estaba apenas en proceso de edición. Asomarse, por cualquier medio, a las interioridades de una publicación, expuse entonces, me parece un acto inadmisibles. No es una forma de censura, pues no se impide la impresión del mensaje, pero sí una injerencia en la porción privada del trabajo de un medio informativo público. Hacer alarde, además, de que se está en situación de saber lo que se publicará, es una forma de intimidación.

Pero no fue así. Yo había partido, para la formulación de mi reproche a esa conducta gubernamental, de un texto firmado por Carlos Ramírez, director de *La Crisis*, la publicación donde el domingo 30 de marzo apareció el texto de Cepeda respecto del cual, el jueves anterior, Chuayffet lo había invitado a platicar. Ramírez hizo notar que esa revista apenas estaba preparándose cuando ocurrió la llamada. Pero ocurre que otra versión del artículo correspondiente había sido ya publicada, en diarios de los estados en que aparece la colaboración de Cepeda.

El propio secretario de Gobernación hizo esta aclaración en una breve conversación conmigo. Más todavía, precisó que si bien conocía ya el artículo publicado de Cepeda, su intención al convidarlo a tomar un café, era hablar más ampliamente con el periodista de la situación nacional. Partió para hacerlo, dijo, de su conocimiento de que Cepeda había sido alumno de don Jesús Reyes Heróles, por

cuyo pensamiento Chuayffet tiene adicción. Eso establecía, a su juicio, una zona común sobre la cual conversar. El secretario cometió el error, reconocido por sí mismo, de bromear en un tono que es familiar para sus amigos y reconocible como humoroso para quienes lo han tratado. Pero utilizado en una primera conversación, y por la vía telefónica, produjo un resultado indeseable, consistente en que Cepeda creyó ir a una cita que verdaderamente sería, como el secretario auguró incómoda y ríspida. Por añadidura, con ese sentido del humor, Chuayffet había sugerido a Cepeda llegar provisto con sus mejores armas ideológicas.

El ex gobernador del estado de México pone a menudo en escena, en efecto, lo que Ricardo Garibay ha llamado "la comedia del odio", un juego en que la cordialidad y el afecto se manifiestan por su contrario, fingiendo una animosidad que se está lejos de sostener. Yo la he presenciado practicada por Chuayffet con sus amigos cercanos, y aun la he visto desarrollarse por escrito mediante recados que van y vienen en reuniones formales, que acaso de ese modo generan menores efectos solemnizantes.

Por desgracia para Cepeda (y en cierto sentido también para su interlocutor) a su llegada a Gobernación se produjo el asalto a que me referí hace una semana, ése sí incómodo de verdad y no desmentible en modo alguno. Y eso le dio un tono muy lejano del esperado a una conversación entre un periodista y un funcionario, de las que normalmente deben producirse en vista de las tareas públicas de ambos.

Emilio Chuayffet empleó en su conversación con el periodista que luego sería asaltado en las intermediaciones de Gobernación un tono humoroso que sus amigos y conocidos identifican, pero que desconcertó a su interlocutor.

El propio Alvaro Cepeda se refirió al tema en *La Crisis* fechada el 13 de abril y que circuló en la semana siguiente. Dice, por una parte, que al comentar la llamada de Chuayffet, "con varios amigos, éstos me dijeron que no significaba nada lo de plática incómoda, y que, en todo caso, al funcionario le gusta mucho hacer ironías".

Y más adelante aclara que su aproximación al tema de la lista negra de periodistas, motivo por el cual Chuayffet lo invitó a tomar café, ya lo había abordado en su columna "Conjeturas", distribuida al "periodismo de provincia" como dice su autor, a través del mismo mecanismo que envía el "Indicador político" de Ramírez.

Puntualiza en efecto Cepeda: "Una primera mención del caso la hice en una de mis columnas, que se publican en algunos periódicos del interior del país y otra, más puntillosa, apareció en *La Crisis* del 30 de marzo". Después, Cepeda se pregunta por cuál de las dos se enteró Chuayffet "de que yo decía -y lo sigo sosteniendo- que esa presunta lista negra era y es un producto macartista".

Vista la posibilidad real, porque hubo una primera publicación, de que en ella leyera Chuayffet lo que lo indujo a conversar con Cepeda, y ante la negativa del secretario de Gobernación de entrometarse en los materiales de *La Crisis*, reconozco abiertamente que no hubo la intromisión intimidante a que me referí hace una semana. Aclaro que Chuayffet no sugirió, ni en broma, hacer esta rectificación, sino que la hago por deber profesional, aliviado de que la conducta condenable a que me referí no se haya producido.

Aprovecho, por lo demás, para referirme a la lista negra, comunicada por Raymundo Riva Palacio el 18 de marzo. Se trata de un elenco de 8 columnistas condenados a no ser atendidos por altos funcionarios gubernamentales, por instrucciones de Chuayffet. No tengo por qué desmentir a Riva Palacio, al que cuatro personas le confiaron haber recibido tales instrucciones o saber de ellas. Por lo que a mí toca (puesto que aparezco en la lista) declaro que no he resentido sus presuntos efectos, es decir no he sentido obturación alguna en la comunicación profesional con miembros del gobierno, ni ninguno de ellos ha querido venderme el favor de transmitirme en voz baja tal instrucción seguida del susurrante: "Por supuesto, yo no hago caso y estoy a sus órdenes". Debo confesar, en fin, que me ha chocado ver mi nombre en esa lista, en que además del propio Raymundo y Ramírez, figuran algunos asiduos asistentes a la oficina y las mesas de Francisco Galindo Ochoa, la sigla de cuyo nombre servía a don Manuel Buendía para designar los servicios de aquel despacho de comunicación: "Favores Garantizados a la Orden".